

que puede pensarse, á Jesucristo, el Verbo encarnado, no ciertamente para redimirnos, sino para ser nuestra gloria, nuestra flor, nuestro pimpollo hermoso, que diese precio a este árbol, por lo demás despreciable, de la humanidad.

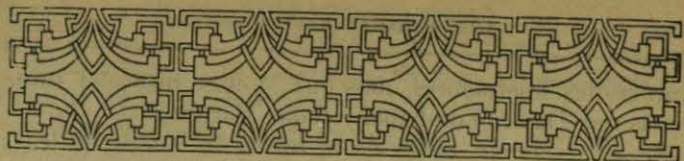
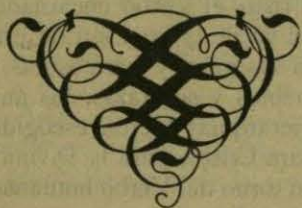
Y si, como sucedió, Adán prevaricaba y perdía para nosotros el derecho de la gracia y de la gloria, entonces vendría Jesucristo a ser, no ya solo nuestra gloria y pimpollo, sino nuestro Redentor, nuestra raíz, nuestra salud.

Si Adán no hubiese pecado, Dios nos hubiese venido del primer modo.

Pecó Adán y vino el Verbo del modo segundo.

Bendito sea Nuestro buen Dios que así desde la eternidad no solo pensaba en criarnos, sino en honrarnos, y por haber de caer Adán, en redimirnos. En medio de las delicias de que gozaba en el seno del Padre, ponía también, por su inmensa caridad, sus delicias en estar en medio de los hombres, y ocuparse de todo nuestro bien.

«En él estaba la vida», como dice San Juan; pero esta vida no la guardaba solo para sí, «era luz de los hombres».



VIDA EN LAS PROFECÍAS

4. ESPERANZA DE ISRAEL EN EL MESÍAS



CRISTE y abatida estaba la nación judía poco antes de la venida de Jesucristo. Casi ya no se podía decir que era nación.

A consecuencia de las guerras entre los sucesores de Judas Macabeo, Pompeyo, general romano, entró en la ciudad santa el año 63 antes de Jesucristo. Todavía después de este hecho, sujetos a la protección de Roma, tuvieron sin embargo por gobernadores a príncipes de su nación y de la familia de los macabeos.

Pero el año 40 recibió el pueblo de Israel una humillación terrible, pues no tuvo más remedio que recibir por rey a un extranjero, Herodes de Idumea, que compró el reinado de Judea a los Romanos.

Con todo, si en medio de esta humillación y abatimiento hubierais penetrado por las casas de Israel, lo mismo por las ciudades de Judea que por los campos Galileos, en todas ellas hubierais visto que en medio de las tinieblas del abatimiento lucía perenne un rayo de luz y de esperanza. Ningún israelita creía en su ruina definitiva, todos estaban esperando un libertador, un salvador, un profeta, un rey, un mesías, un cristo, un Jesús, o mejor dicho al Libertador, al Salvador, al Profeta, al Gran Rey, al Mesías, al Cristo, al Jesús, a un personaje augusto y poderoso más que todos sus

anteriores libertadores, más que Moisés, más que Josué, más que David, Zorobabel y Judas Macabeo.

Ya lo veremos mejor en el relato de la vida de Jesús, pero ya sabemos todos, que cuando nació Jesucristo el ángel habló a los Pastores del Cristo como de cosa conocida, y les dijo: «Os anuncio una gran nueva para todo el pueblo: os ha nacido un salvador, que es *Cristo Señor*», como si dijese: «os ha nacido ese Cristo que estáis todos esperando, ya sabéis de quién hablo».

Como de cosa sabida preguntaban también los Magos al entrar en Jerusalén: «¿Dónde está el nacido *Rey* de los judíos?» Y como de cosa esperada preguntaba Herodes a los sacerdotes: «¿Dónde debe nacer *el Cristo*?»

El anciano Simeón esperaba de un día para otro «el consuelo de Israel» y tenía promesa del Espíritu Santo de «no ver la muerte sin contemplar por sus propios ojos *al Cristo del Señor*».

Como de cosa sabida hablaba de Cristo la profetisa Ana «a los que esperaban la redención de Israel».

Y cuando preguntaron a Juan Bautista quién era, también San Juan respondió como de cosa conocida: «No, yo no soy *el Cristo*.—¿Eres *el Profeta*?—No soy *el Profeta*». Es decir: aunque soy profeta, no soy el Profeta, ese Profeta grande que vosotros estáis aguardando y al que aludís en vuestra pregunta.

Le estaban aguardando todos en Israel, porque veían que sin él se deshacía el pueblo, contra lo que ellos firmemente esperaban. Por eso Juan desde la cárcel oyendo las obras que hacía Jesús le mandó dos de sus discípulos con esta pregunta: «¿Eres tú *el que ha de venir*? o esperamos a otro?» Y cuando San Andrés halló a Jesús volvió a decirselo a Pedro y se lo dijo con estas palabras: «Hemos hallado *al Mesías, al Cristo*». Y cuando Jesucristo con su elocuencia y milagros y virtudes convencía al pueblo de su elevada misión y poder, el pueblo exclamaba: «Este es verdaderamente *el Profeta* que va a venir al mundo?» Y al ver sus innumerables y estupendos milagros, se argüía a sí mismo y se decía: «*El Cristo, el Mesías*, cuando venga ¿hará más milagros que éste?»

Esta era la grande y conocida disputa acerca de Jesús,

sobre si él era o no *el Cristo, el Mesías*. «Dinos, decía Caifás: ¿Eres tú *el Cristo*?»

Esta misma esperanza de que había de venir un Redentor, *el Mesías, el Cristo*, el Salvador, que había de renovar y restablecer el poder o influencia de los judíos, de una o de otra manera, y por ellos salvar al mundo, se reflejaba en muchos libros de aquel tiempo, y aun se rezumaba a los pueblos gentiles. «Era, dice Tácito, persuasión de muchos, que en libros antiguos de los sacerdotes estaba escrito que en este tiempo había de prevalecer el oriente, y que hombres salidos de Judea se apoderarían del mundo». Y casi con iguales ideas dice Suetonio: «Habíase difundido por todo el oriente una antigua y constante opinión de que estaba decretado por los hados que algunos hombres salidos de Judea se apoderasen del gobierno del mundo».

¿Cómo y de dónde se había formado esta idea el pueblo judío?

¿De dónde había salido esa esperanza de un salvador?

¿Por qué se le llamaba con especialidad *Mesías* y *Cristo*?

Y ¿qué significaba este nombre de *Mesías* y de *Cristo*?

El título de *Mesías*, lo mismo que el de *Cristo*, significa *Ungido*. *Mesías* es palabra hebrea, *Cristo* griega, y *Ungido* castellana; pero las tres significan una misma cosa.

Según esto se puede aplicar y se aplicó a todos aquellos que para ejercer algún ministerio teocrático o sagrado eran ungidos, como hoy por ejemplo los sacerdotes, con lo cual quedaban hechos sacerdotes, profetas o reyes; sobre todo reyes.

Pero por excelencia este nombre de *Mesías* y de *Cristo* se fué en el pueblo judío singularizando poco a poco y aplicando especial y exclusivamente, sobre todo desde el tiempo de Daniel y su célebre profecía de *las setenta semanas*, a un solo personaje, que para el pueblo de Israel era el conjunto de todas sus esperanzas, el remedio de todas sus calamidades, y en especial el rehabilitador de su raza, conquistador de todo el mundo, avasallador de todas las *gentes*, de aquellos pueblos gentiles distintos de Israel que los judíos denominaban *goyim*, a los cuales tenían por inferiores y aun por enemigos suyos y como herencia que un día habían de recibir y dominar de un modo o de otro, y sobre

la cual tendrían ellos que reinar de una o de otra manera, pues en esto no tenían, como veremos, ideas bien definidas.

Sobre este personaje la tradición del pueblo israelita había acumulado todas las ideas de majestad, dominio, imperio, grandeza, valor, hermosura, santidad y nobleza. Concebía-lo como sacerdote, profeta, rey, y no como quiera sino como sumo sacerdote entre todos los sacerdotes, como el profeta por excelencia entre todos los profetas, como rey eterno sobre todos los reyes y sobre todos los dominadores, y por tanto como ungido con una unción especialísima y singular de bendición y gracia por Dios, en virtud de la cual más que un ungido cualquiera era *el Ungido*, más que un cristo o un mesías como tantos otros que podían llevar este nombre, era *el Cristo, el Mesías*, la esperanza de Israel, que reuniría, cuando viniese, en su sola persona todas las buenas cualidades y facultades que habían tenido y podían tener todos los ungidos, mesías y cristos de Israel, y como tal había de proporcionar al pueblo de Dios conquistas, glorias, dominios, victorias y prosperidades incomparablemente mayores y más excelentes que las que les habían proporcionado todos sus antecesores y reparadores.

En una palabra, todos los judíos estaban seguros y completamente ciertos de que iba a venir un excelentísimo Ju-dío, enviado por Jehová, a su pueblo, que ungido con una consagración extraordinaria por Dios, se pondría a la cabeza de los buenos judíos, y con ellos sacudiría el yugo que los gentiles les querían imponer, y luego a la cabeza de los suyos conquistaría el mundo, sometería a su reinado a todos los gentiles, los *goyim*, que los querían dominar, y en fin, establecería en toda la tierra el reinado de los judíos.

En efecto, como lo esperaban, así ha sucedido, este Ungido, este gran Mesías y Cristo es Jesús, el cual, por medio de doce judíos impuso al mundo su doctrina y su suave yugo, y fundó en él un reinado, no material como el que muchos judíos se habían imaginado, sino mucho mejor, espiritual, santo, admirable, que es la Iglesia Católica.

De modo que Jesucristo ya antes de venir era esperado, deseado, buscado, y antes de aparecer al mundo vivía ya en la esperanza y deseo del pueblo de Dios.

Ahora bien, de dónde se habían formado los judíos esta idea? y de dónde habían sacado esta esperanza?

De las Sagradas Escrituras y de las profecías que inspiradas por el Espíritu Santo dictaron los patriarcas y profetas del Antiguo Testamento. Son estas tantas, tan continuadas, de tantas clases y de tan diversos autores, que se necesita mente muy obtusa, y perversidad muy grande para no ver la majestad del Señor que tan vaticinado había sido en el Antiguo Testamento, y la grandeza de un acontecimiento mil veces, con maravillosos encarecimientos, durante más de cuarenta siglos profetizado.

No hay otro pueblo como el pueblo judío antiguo en que se haya estado constantemente prediciendo un gran acontecimiento para todo el mundo, con tanta insistencia, tanta confianza y tantas señales como se estuvo en el pueblo de Israel prediciendo la venida de un Mesías, de un salvador, redentor y reformador, príncipe y legislador de toda la tierra.

Y si bien tal vez cada una de las profecías pudiera dejar en el ánimo alguna duda acerca de la persona a quien se refiere, pero todas ellas, acumuladas sobre una misma misteriosa persona regia, augusta y bienhechora de la humanidad ansiada y esperada como el rocío por todos los pueblos, no dejan ninguna duda en el ánimo menos bien dispuesto.

Recordad siquiera las principales de estas profecías.

5. A LAS PUERTAS DEL PARAÍSO

(Gen. 13.)

Triste sin duda y tristísima fué la tarde aquella en que después de haber pecado bajó Dios entre la brisa de la tarde a tomar cuentas a Adán y Eva de su prevaricación y primer pecado. De los labios de Jehová irritado brotó maldición contra Adán, maldición contra Eva, maldición contra la serpiente y el demonio en ella encerrado.

Pero no todo fué maldición, porque benigno el Señor, le prometió desde entonces mismo un redentor y remediador del daño que había hecho, y anunció a nuestros afligidos padres cómo un hijo de ellos había de vencer a la serpiente que a ellos había vencido.

Porque dijo Dios a la serpiente y al demonio en ella:

«Yo pondré enemistad entre ti y la mujer y entre tu descendencia y la suya. Esta te quebrantará la cabeza, al paso que tú sólo podrás poner asechanzas a su talón».

Es decir: ahora la mujer ha hecho amistad contigo consintiendo en tus proposiciones, pero yo haré que esta amistad se convierta en enemistad, y que aunque pongas asechanzas en el talón a la mujer y su hijo, pero esa descendencia y familia de la mujer algún día te vencerá del todo, no ciertamente por todos sus hijos (porque bien pecadores y desgraciados y vencidos, por querer ellos, habían de ser muchos) sino por uno, el principal de todos ellos, el cabeza de toda la familia humana que había de ser Cristo Nuestro Señor.

Bien lo entendieron Adán y Eva.

6. AL OTRO DÍA DEL DILUVIO

(Gen. 9.)

Noé comenzó a cultivar la tierra y plantó la viña, y de su mosto, aún no experimentado ni bebido por nadie, se embriagó y cayó descubierto por el campo. Cam se burló de su padre; Sem llamó a Jafet, su hermano, y con respeto muy grande, lejos de burlarse de su padre, lo cubrió.

Y despertó Noé, y al saber la irreverencia de Cam, maldijo a Canaán su hijo diciendo: «Maldito Canaán! sea siempre el esclavo de los esclavos de sus hermanos».

Y en cambio bendijo a Jafet, y especialmente a Sem, diciendo: «Bendito sea Jehová, Dios de Sem, y que Canaán sea su esclavo. Que Dios dilate los espacios de Jafet, y que habite en las tiendas de Sem y sea Canaán su esclavo».

En efecto, Dios ha sido de Sem y ha venido al mundo de sus descendientes, y Jafet después de haberse propagado mucho más que Sem, al fin ha tenido que introducirse en la gran tienda de campaña de Sem en la cual ha venido al mundo Dios humanado nacido de una rama de la familia de Sem.

Aún no están claras las profecías, ya se irán aclarando cada vez más, y nos dirán otros patriarcas quién era ese descendiente de la mujer que quebrantará la cabeza del

dragón y nos explicará Isaías cuáles son esas tiendas de campaña donde mora Sem las cuales se tendrán que dilatar muchísimo, para que en ellas entren todos los hijos de Jafet y los de Cam.

7. ABRAHAM, PADRE DE MUCHAS GENTES

(Gen. 12; 15; 18; 22.)

Quería Dios ir ya determinando más en la tierra las esperanzas del futuro salvador del mundo, y entre los que vivían en Egipto llamó a Abraham y le dijo: «Sal de tu tierra y de tu parentela y de la casa de tu padre a la tierra que te voy a enseñar, y te propagaré en mucha gente y te bendeciré y engrandeceré tu nombre y serás dichoso. Bendeciré a los que te bendigan y maldeciré a los que te maldigan: y en tí serán bendecidas todas las razas de la tierra».

Que fué decirle que por medio de su posteridad alcanzarían bendición, dicha y ventura todas las naciones de la tierra.

Y no se lo dijo el Señor una vez sola, sino varias. Porque una vez llegado Abraham a los 75 años, le habló de esta manera:

«No temas, yo seré tu escudo y tu premio será muy grande».

Pues ¿qué me vais a dar Señor? dijo Abraham, yo me voy sin dejar hijos, y el heredero de mi casa va a ser ese Eliezer de Damasco mi criado.

—«No será ese tu heredero, le respondió el Señor, sino un hijo que engendrarás».

Y tomando a Abraham consigo lo sacó fuera de la tienda y le dijo: «Levanta tus ojos al cielo y cuenta si puedes las estrellas... Pues tanta como ellas será tu descendencia».

Después le repitió casi lo mismo cuando teniendo ya él noventa años le prometió que de Sara tendría un hijo. Y cuando el ángel reveló a Abraham el castigo que iba a dar a Sodoma, le dijo estas palabras: «¿Acaso puedo yo ocultar lo que voy a hacer a Abraham, a un hombre que va a tener tanta descendencia y tan fuerte, en la cual han de ser bendecidas todas las naciones de la tierra?»

Y en fin, cuando el Señor para probar la fe de Abraham

le hizo ir a sacrificar a su único hijo Isaac, en el cual él esperaba que se verificarían aquellas promesas tan repetidas, el Ángel detuvo su mano al ir a dar el golpe, y dijo el Señor solemnemente:

«Lo juro por mí mismo: porque has hecho esto y no has perdonado a tu unigénito por mí, te bendeciré y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, y como la arena de las playas. Tu descendencia poseerá las puertas de sus enemigos, y en ella serán bendecidas todas las naciones de la tierra, porque has obedecido a mis órdenes».

Esta fué la promesa magnífica que de Abraham saldría el Redentor del mundo, causa de todas nuestras bendiciones. Siempre desde entonces los judíos estuvieron ciertos que de alguno de los hijos de Abraham saldría el Mesías y Redentor.

Todos los demás vaticinios sobre el Mesías, que después vendrán, descansan en éste como en su base y se refieren a él como a la gran promesa y pacto de Jehová con el pueblo circunciso.

A este pacto aludió la Virgen María en su cántico cuando dijo en el *Magnificat*: «Dios ha tomado a Israel su siervo, acordándose de la misericordia que había prometido a nuestros Padres, Abraham y sus descendientes».

Y Zacarías también en el himno que al nacer el Bautista pronunció, exclamaba: «Ya Jehová va a cumplir el pacto santo que había jurado a Abraham, nuestro Padre, de concedernos el que libres de nuestros enemigos, le sirvamos sin temor en justicia y santidad todos los días de nuestra vida».

Abraham es el tronco del Antiguo Testamento, y el centro de todas las promesas que después se suceden.

8. ISRAEL

(Gen. 49.)

Israel, «el que lucha con Dios», fué el nombre que el ángel dió a Jacob, y con él quedó para siempre el pueblo de Dios, y aunque con algunas intermitencias siempre fué el nombre más general. Israelita era lo mismo que uno de los descendientes de Jacob y heredero del pacto y testa-

mento antiguo que hizo Dios con Abraham de quien lo heredó Isaac y luego Jacob, padre de las doce tribus que siempre se distinguieron en el pueblo de Dios.

De todos los anteriores padres sólo un hijo fué escogido para el pueblo de Dios. Después de Jacob ninguno ni de sus hijos ni de sus nietos fué repudiado de la gran familia heredera de las promesas Abrahámicas.

Bajo este punto de vista, Jacob es lo último del tronco patriarcal, que después de él queda dividido en las doce ramas de las doce tribus.

Su profecía es de las más notables del Antiguo Testamento.

Iba a morir y dijo a sus doce hijos:

«Reuníos todos, que voy a profetizaros lo que os sucederá en los últimos días. Reuníos y escuchad, hijos de Jacob, escuchad a Israel vuestro padre».

Y fué profetizando a cada uno lo que le correspondía. Y cuando llegó a Judá entonó un canto magnífico y dijo:

«Judá, te alabarán tus hermanos; tu mano humillará la cerviz de tus enemigos. Los hijos de tu padre se prosternarán ante ti. Judá es un león joven. Vuelves, hijo mío, de la presa. Ha plegado sus rodillas y se ha tendido como un león, como una leona... ¿quién será capaz de hacerle levantar? No se apartará de Judá el cetro, ni de su posteridad la vara de mando hasta que venga Aquel a quien está reservada. A éste se dirigirá la ansiosa expectación de todos los pueblos».

Magnífico vaticinio y abierta profecía del Redentor, que se cumplió exactamente con la vida de Jesús Nazareno. Por muchas guerras y persecuciones que sufrió el pueblo judío, nunca perdió su cetro, autonomía y gobierno hasta el advenimiento del Mesías, a quien correspondía en toda propiedad el cetro del pueblo de Dios. La Sinagoga nunca cesó, ni la nación judía perdió su nacionalidad hasta que, viniendo Jesús, *aquel, a quien pertenecía y estaba reservado* el imperio sobre el pueblo escogido, vino y tomó la vara de poder y el cetro de Rey y Sumo Sacerdote del pueblo judío, no destruyéndolo sino perfeccionándolo y convirtiéndolo con su autoridad la Sinagoga en la Iglesia, a la cual acudieron ansiosos todos los pueblos del mundo.

Hasta San Juan «la ley (antigua) y los profetas»; después de San Juan «el reino de Dios, adonde acuden tantos, que por entrar se hacen mutuamente violencia». Así decía Jesucristo en un sermón.

Hoy ya el poder, la autonomía, toda forma de pueblo y de nación ha desaparecido de Judá, aun conservándose los judíos en gran número, y es que el prometido de Jacob, aquel propietario del cetro de Judá, ha venido y ha dejado sin autoridad a los que se la guardaban en el Antiguo Testamento, a los unos sometiéndolos a sí y salvándolos por obedientes, a los otros maldiciéndolos y rechazándolos por rebeldes.

9. MOISÉS

(Deut. 18,15.)

Ya la persona del futuro Redentor y Mesías se va delineando cada vez más clara. Moisés en el Deuteronomio lo describe como un profeta semejante a él, es decir, como un profeta que, así como Moisés, legado divino, dió al pueblo una ley suprema e invariable, así también diese a su nueva Iglesia un nuevo código, invariable como el primero e indeclinable. Dijo Moisés al pueblo:

«Jehová, tu Dios te suscitará de medio de ti, de tus hermanos, un *Profeta* semejante a mí; a ese profeta oírás. Así lo pediste a Jehová tu Dios en el monte Horeb... Y me dijo el Señor:—Bien está lo que dicen. Yo les suscitaré *profeta* de en medio de sus hermanos semejante a ti, yo pondré mis palabras en su boca y él les dirá cuanto yo le encargue. Si alguno no oye lo que diga en mi nombre, yo me vengaré».

San Pedro y San Esteban, y antes de ellos Natanael y los Samaritanos, se acordaron muy bien de esta profecía cuando vieron a Jesucristo, y su recuerdo es claro indicio de cuán popular era esta creencia y esperanza en *el Profeta* verdadero.

10. EL HIJO DE DAVID

(2 Reg. 7.—1 Par. 17.—Ps. 88.)

«¡Hosana al Hijo de David!» decía el pueblo a Jesucristo el día de Ramos. Y es que una de las grandes profecías era la que Dios dijo a David, que de su familia nacería el

rey eterno y salvador del mundo. Así se lo prometió al Rey el profeta Natan con estas hermosas palabras:

«Jehová te anuncia que te formará casa. Cuando tus días se cumplan y tú reposes con tus padres, suscitaré en pos de ti a tu posteridad, que saldrá de tus entrañas, y consolidaré su reino. Ella edificará casa a mi gloria, y yo *afirmaré para siempre el trono de su reino*. Yo seré para él padre, y ella será para mí hija. Si hace mal la castigaré con vara humana y con heridas humanas. Pero *mi misericordia no se apartará de ella* como se apartó de Saul, a quien hice desaparecer de tus ojos. *Tu casa y tu reino serán firmes perpetuamente* delante de ti; tu trono será firme para siempre».

Es decir, que promete Dios a David, y lo mismo prometió a su hijo Salomón, que tendrían entero su reino temporal mientras no apostatasen de Jehová, pero que si se apartaban de él los castigaría, sí, con penas y aflicciones, como efectivamente lo hizo, pero no por eso apartaría de la familia y posteridad de David su misericordia, sino que de esta familia saldría uno que tendría dominio eterno, según magníficamente lo canta y profetiza el salmo 88, diciendo:

«He hallado a David mi siervo, lo he unguido con óleo santo... yo le conservaré mi misericordia por siempre y mi alianza con él será indisoluble. Yo estableceré su posteridad por los siglos de los siglos, y su trono durará como los días del cielo. Si sus hijos dejan mi ley, y no andan según mis preceptos, si violan mis mandatos, y no observan mis órdenes, yo castigaré con vara sus iniquidades, y con golpes sus prevaricaciones. Lo que no haré es retirar mi bondad, ni violar mi alianza. No cambiaré la palabra que sale de mis labios. Lo juré una vez».

11. SALMOS MESIÁNICOS

Tenía el pueblo judío principalmente para su culto y sus fiestas en el templo y fuera del templo muchos y hermosos cánticos religiosos que llamaba *salmos*, es decir, cantares compuestos por santos varones inspirados por Dios, principalmente por David y Salomón y los hijos de Coré, todos los cuales reunió Esdras a la vuelta de Babilonia en una

hermosa colección de 150 cánticos que se llama Salterio. En ella muchos de los salmos se llaman mesiánicos, porque tratan del Mesías futuro, y vaticinan sus futuros hechos y glorias.

No es ya una u otra profecía, es una nube de vaticinios hermosos, no es una u otra estrella que ilumina las oscuridades de lo futuro, es una lluvia espléndida de estrellas o una aurora boreal que a veces convierte antes del alba casi en día la noche del Antiguo Testamento.

En ellos está expresado el origen del Salvador, hijo de David, su carácter de sacerdote y de rey, su pasión dolorosa, su gloriosa resurrección, su magnífica y triunfadora ascensión a los cielos, su reinado universal después de su pasión, la unión de todos los pueblos a su alrededor en una iglesia pacífica y maravillosa.

Allí sobre todo aparece el carácter regio y la unción divina, por la cual el hijo real, prometido, como hemos dicho, a David para perpetuar su trono en todo el mundo, era continuamente en los cánticos del pueblo de Dios llamado por todos los israelitas su rey, su sacerdote, su salvador, su Cristo sobre todo y su Mesías.

Más se extienden después los profetas en la descripción del Mesías, pero apenas dicen más. Porque son tantos los datos y rasgos que del futuro Mesías nos dan los salmos y con tanta elocuencia, que puede decirse que todo lo esencial está ya profetizado en estos cánticos. El pueblo conociendo de memoria y cantando en todas las fiestas estos salmos conocía perfectamente al Cristo que había de venir.

12. LOS PROFETAS

Puso Dios después de Moisés en Israel, un cargo importantísimo, el de los profetas. Profetas eran los supremos y autorizados maestros señalados por Jehová para explicar, conservar y perfeccionar la alianza antigua dada al pueblo por Moisés y para preparar la alianza nueva que había de traer Cristo. Por espacio de mil años no faltaron, desde Moisés hasta Malaquías, en el pueblo de Dios profetas sumamente autorizados a quienes el pueblo y los reyes y todos reconocían como superiores representantes de Dios,

como maestros, como consultores, como directores de toda la vida privada y pública, religiosa y civil del pueblo de Dios.

Su fin principal era, no sólo, como se cree generalmente, vaticinar lo futuro, sino principalmente promover la religión, instruir, enseñar, reformar al pueblo en el culto del verdadero Dios, preservarlo de la idolatría y disponerlo así para la venida del Mesías.

Esto lo hacían muy frecuentemente vaticinando lo futuro.

Jehová les inspiraba muchísimas veces, y no sólo les enseñaba lo presente, sino que les revelaba con frecuencia lo porvenir, tanto que por eso, el nombre de profeta, que de suyo significa una persona que habla en nombre de otro, y aquí en nombre de Dios, se aplica ya de ordinario sólo a los que vaticinan los sucesos futuros.

Los Profetas de Israel vaticinaron y profetizaron todos ellos cosas y sucesos futuros que importaban al pueblo pero sobre todo muchas verdades de la venida y hechos del Mesías, manteniendo al pueblo en una constante contemplación del futuro Salvador, así como nosotros ahora nos mantenemos en una contemplación constante del Salvador pasado y presente.

Uno de los puntos que más frecuentemente predicaban, y en que muchas veces coinciden los profetas era éste: El pueblo de Israel no ha cumplido la condición que le puso Dios para conservar su prosperidad y dominio temporal, sino que ha sido muy rebelde a los mandatos de Dios. Por eso, decían, seréis castigados, humillados, abatidos vosotros y vuestros directores y pastores. Pero al fin vendrá un nuevo Pastor que resucitará lo abatido y reunirá lo disperso y renovará la gloria de Israel y salvará *las reliquias* del pueblo, es decir, a los que se hayan conservado fieles, y las dilatará por toda la tierra.

Cuántas y cuán hermosas promesas se podrían aquí citar, si hubiese tiempo, de todos los profetas y sobre todo de Isaías.

Para consolar al pueblo describen cada cual lo que del Salvador se le ha revelado, y son tantos los datos que se reúnen de estos vaticinios pronunciados y escritos muchos siglos antes de Jesucristo, que de ellos se puede componer una biografía del futuro Cristo.

Micheas dijo que nacería en Belén. Isaías que nacería

de una virgen. Malaquías que había de precederle un gran enviado de Dios, que fué San Juan Bautista.

Isaías que empezaría a enseñar por Galilea, daría vista a los ciegos, oído a los sordos, lengua a los mudos y andadura a los cojos; que haría otros muchos milagros, y que sería benigno con los pecadores y manso con todos.

Zacarías predijo que entraría en Jerusalén manso sobre un pollino, y que, a pesar de eso, destruiría las cuadrigas y carrozas de Efraín, daría paz a las naciones y extendería su reino de mar a mar, de los ríos a la tierra, es decir, por todo el orbe; que sería vendido por treinta monedas, y que con ellas se compraría un campo de alfarero.

La pasión en particular, por ser el acto principal de la vida de Jesucristo, y muy increíble, la describen de tal modo, en particular Isaías, que aquello más que profecía es visión y evangelio. Allí se ve cómo lo habían de afligir muchísimo, lo cual era inverosímil, cómo lo habían de confundir con malhechores, cómo a petición de todo el pueblo lo habían de condenar a muerte, cómo lo habían de azotar, y abofetear y escupir. Que le traspasarían los pies y las manos, que se le reírían los que le viesan pasar, y moverían la cabeza diciendo: Ha esperado en Jehová, que le salve, pues, ya que tanto le quiere.

El salmo 21 dice que dividirían sus vestidos y que sobre su túnica echarían suertes, que se le secaría su lengua y se le pegaría a las fauces. Y el 68 añade que en su sed le darían vinagre.

Isaías dijo que se le querría sepultar con los impíos, pero que un rico le daría su sepultura.

El salmista vuelve a decir que no será abandonado en el sepulcro, ni su cuerpo se corromperá, sino que Jehová dará al Cristo conocimiento de la senda para la vida y facultad de caminar a la resurrección.

Casi todos los profetas dicen de mil maneras que el reino de Cristo se extenderá por toda la tierra y vivirá perpetuamente, y que lo extenderían los judíos, y que los gentiles de todas lenguas vendrían a estos judíos y les cogerían del orillo del manto y les rogarían diciendo: Iremos con vosotros, porque hemos oído que Dios está con vosotros. Así lo hicieron con los Apóstoles.

Malaquías vaticinó que en todas partes se ofrecería el sacrificio limpio de la misa.

Ageo, viendo que los judíos vueltos del cautiverio estaban tristes al ver que el templo que edificaba Zorobabel era muy inferior al antiguo, les profetizó que aquel templo sería mucho más afortunado que el primero, pues a él vendría el Mesías a dar paz al mundo.

También Malaquías profetizó que el Mesías vendría a aquel templo.

13. DANIEL

(Dan. 9.)

La profecía de Daniel es una de las más estupendas.

Había rogado el profeta al Señor que cumplidos los setenta años de cautiverio restituyese al pueblo de Dios del cautiverio de Babilonia a su patria y restaurase su templo y su ciudad de Jerusalén. Y vino el Arcángel Gabriel y le dijo estas palabras:

«Desde el comienzo de tus oraciones ha salido una palabra y vengo a indicártela, porque eres hombre favorecido por Dios. Fíjate en mi palabra y entiende la visión: Setenta semanas se han fijado en tu pueblo y ciudad santa, para que en ellas se ponga fin a la prevaricación (por el Redentor) y reciba término el pecado y venga justicia sempiterna y se cumpla la visión y profecía y sea ungido el Santo de los santos. Atiende, pues, y comprende:

»Desde el decreto de la edificación de Jerusalén hasta el Mesías caudillo, habrá siete semanas y sesenta y dos semanas, y por cierto volverá a edificarse la plaza y los muros entre angustias de tiempo.

»Después de las sesenta y dos semanas será muerto el Mesías.

»Y dejará de ser ya pueblo suyo el que le va a negar.

»Un pueblo con un general que vendrá, disipará la ciudad y el santuario, y su fin será invasión, y después del fin de la guerra, vendrá la desolación decretada.

»Sellará (el Redentor) su pacto para todo el mundo en una semana, y a la mitad de la semana hará cesar hostias y sacrificios, y habrá en el templo abominación de desola-

ción, y esta desolación durará hasta que la destrucción se arroje sobre la devastación».

Tal vez no hay profecía más atrevida y precisa entre todas las profecías que ésta.

Unos 454 años antes de Jesucristo, es decir, 484 años antes de que Jesucristo apareciese en su vida pública, y lo que es lo mismo, setenta semanas de años antes de la salida del Mesías al Jordán, dió el Rey Artajerjes un decreto permitiendo a Nehemías levantar la ciudad y los muros y la plaza.

En esto se debieron emplear las siete primeras semanas de años.

Pasados éstos y otras sesenta y dos semanas de años, se presentó en público el Mesías, y pasados tres años, o tres y medio, en medio de la última semana de las setenta, fué muerto el Cristo, y dejó de ser su pueblo el que lo negó, y se confirmó el pacto y testamento nuevo para muchos, es decir (pues este es el lenguaje de la Escritura), para el universo mundo.

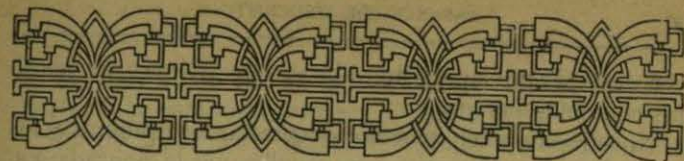
En medio de esta semana dejó de valer la hostia y sacrificio de la ley antigua.

Y poco después el pueblo romano acaudillado por Tito, disipó la ciudad y el templo, y después del fin de esta guerra vino la desolación decretada por Dios.

14. ESPERANZAS MESIÁNICAS POPULARES

Con todas estas profecías ¿qué maravilla que el pueblo de Dios conociese al Ungido, al Cristo, al Mesías antes de que naciese? Aún no había venido al mundo, pero ya vivía el Redentor vida ilustre en la imaginación que lo pintaba con las imágenes de los salmos y de los profetas, en la mente que lo figuraba con la verdad del Espíritu Divino y en el corazón que lo amaba tal vez más antes de haber venido, que lo que aquel pueblo prevaricador lo amó después de venir.

Porque, como dice San Juan, «vino a los suyos», vino a aquel pueblo, al que había hecho suyo para nacer en él y honrarlo con su nacimiento, y «los suyos no lo reconocieron!...»



INFANCIA DE JESUCRISTO

15. LOS PADRES DE JESÚS

POCAS noticias nos da la Sagrada Escritura de los padres santísimos de Jesús.

En cambio hay otros libros, los Evangelios Apócrifos que nos dan muchas noticias acerca de lo que falta en los Evangelios verdaderos y canónicos, en especial acerca de la Virgen María, de San José y de la infancia de Jesús.

Porque sucedió por una parte que, como los Evangelios inspirados por Dios apenas dicen nada de José y María, y solo muy poco de la infancia de Jesús, los fieles estaban ávidos de saber esto que ignoraban; y como suele acaecer en estos casos, no faltaron quienes con el deseo de satisfacer esta curiosidad, compusiesen novelas y ficciones acerca de José y María y de Jesús mismo, llenas de fantasías y mentiras, que, si en algún tiempo fascinaron a algunos crédulos, entre ellos a algún Padre de la Iglesia, pero por casi todos los fieles fueron despreciadas y siempre por la Iglesia repudiadas.

Y sucedió también por otra que los herejes, y sobre todo los gnósticos, deseosos de autorizar sus errores con la persona de Nuestro Señor, también compusieron libros a semejanza de los Evangelios verdaderos, en los que ponían en labios de Jesucristo y del Padre sus sentencias heréticas y doctrinas anticristianas que querían introducir.

Mucho más que aquellos anteriores, que al cabo no eran sino ficciones y mentiras, la Iglesia y los Padres rechaza-